



ENTRE LA CORROBORACIÓN Y LA AGRESIÓN
(O COMO UN ARTISTA SOBREPASA LAS OPINIONES)

Del artista conocido como Jarr –nombre artístico que viene dado tanto por su mascota canina, por sus iniciales identitarias –Joan-Antoni Rodríguez Roca- y por la necesidad, obvia, de los artistas plásticos por autoidentificarse en el saturado mundo de las artes visuales- conozco mucho; por conocer sé de sus incursiones en distintos recorridos de la plástica: desde el neoexpresionismo más potente y menos concesivo, su trabajo sobre fotografía digital, pasando por la revisión neoclásica de la estampa en pan de oro, hasta el exceso del objet trouvé. Paciente y consecuente, el artista ha evolucionado hasta

hacerse grande y no dar concesión al hecho evidente de asumir distintos soportes sin miedos a la hora de afrontar retos; así, no ha dudado en compatibilizar la bi y la tridimensionalidad en el entendido de que ambas estilísticas forman parte de un conocimiento del mundo.

Decía Ierónimus Benavent, allá por el siglo XV, que el arte estaba destinado a ser más incomprendido que la literatura, puesto que ésta recibía –obedecía a- su legado de la coherencia lineal mientras que la plástica estaba más involucrada con la emoción. Cuando encontramos a un artista tan valiente y decidido como Jarr –capaz de cruzar umbrales sin miedo a perder la cordura y sin temor a carecer del gusto del público- tal afirmación encuentra una evidencia incontestable, grandemente ganada en su firme apuesta por apostar por los más diversos materiales y estilísticas a sabiendas de su deber por retratar el mundo desde una óptica que por singular le hace único en un panorama de lugares comunes.

Para esta ocasión, nuestro autor nos ofrece una mirada dirigida tanto a la evidencia iconográfica de una sociedad dirigida al consumo iconográfico como a una visión profundamente ácida sobre la realidad contextual. Esto ocurre en un planteamiento que revisando la tradición no deja de optar por la transgresión, entendida ésta cual visión de la coyuntura actual que es mixtura y caos.

La exposición que presentamos tiene, pues, elementos de ambas cuestiones; por un lado Jarr pinta de manera convencional siguiendo la pista de los clásicos; por otro transmite efectivos derroteros psicológicos a la manera de los vericuetos más acérrimos del Pop Art; su manera de conjugar la pintura en cubos que nos recuerdan juegos de niño –al modo de las construcciones de sueños tan obvias en nuestras temurzas, siempre basadas en arquitecturas utópicas-, y el impecable hecho técnico de su registro de hechos que nos

22



EL MANTO DE SAMAFA 2005
Látex de madera con lina trenzada y objetos. 200x160 cm.

son comunes –colores, formas, no sólo reconocibles sino, además gratas en su concesión a la armonía- nos llevan a la reflexión de la cotidianidad más próxima mientras nuestra alma sobrepasa el hecho de la existencia y trasciende hacia sus secretos sólo evidenciados por el arte. Y todo ello ocurre por el contraste de forma y fondo que nos avisa que no, necesariamente, somos quienes imaginamos. El tema de sus cubos, siendo evidentes en su planteamiento cromático y metafórico de deseos, pulsiones y realidades no concretadas, encierran lo que es menester a la urna: avisan de contenidos insospechados que solicitan miradas sofisticadas: los secretos están ahí para quien pueda verlos. Realizando un ‘materismo descabellado en su exceso, aplicándose en la pintura figurativa en pan de oro, que nos remite –irónicamente a escuelas italianas-, reuniendo elementos de la tecnología del desecho semánticamente acusadoras, planteando una pintura concesiva que porta trampas en su apariencia, el artista somete al espectador a triples dilemas que se emboscan en su amabilidad. Quizás por ello su trabajo ya fue definido como un “encanto mágicista” (A. Villar Torres, dixit), criterio nada complicado de entender cuando asumimos que el autor hace de su mano herramienta efectiva para la fantasía oculta por un tiempo que hace del objeto y su consumo realidad absoluta. De ahí su mérito: revertir lo evidente en sorpresivo umbral a partir del cual podríamos encontrar nuestra real imagen.

Puede que a Jarr se le pase la mano diciéndonos quienes somos; pero también puede que si el arte no lo hace no cumpliría su labor. Yo conozco al artista –reconozco su talento- y se que hace la labor correcta. Esta exposición es una prueba de cómo un artista se supera a sí mismo. Y me congratulo por ello. En este acto lo suscribo agradeciendo su entrega a una vocación tan difícil como hablar de verdad, y, sobremanera, realizarlo con pericia y sin temor a una opinión siempre pendiente del mercado y sus inherentes egoísmos. La valentía en el arte no es consumo; y Jarr lo entiende así desde siempre. El que adscribe también, y de allí mi reconocimiento a su coraje, y mi apoyo manifiesto.

Christian Parra-Duhalde.

Crítico de Arte



EL GRAN DICTADOR 2005
Reciclaje sobre podium de madera y múltiples objetos. 200x60x60 cm / 160x50x60 cm.

24



HACIENDO LA CAMA 2005
Somier metálico con reciclaje icóptico. 186x100 cm.